



EJE TEMÁTICO 2: Programas y tipologías de la ciudad moderna

Boulevares y palacios en tierras bárbaras: materialización de la soberanía mexicana a través de la arquitectura y el urbanismo *Beaux-Arts* durante el Porfiriato. 1876 – 1910

Diego Antonio Ávila Aguirre

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional Autónoma de México

avila.diego23@gmail.com

Palabras clave: misión civilizadora, neocolonialismo, porfiriato, arquitectura

Resumen

Entre 1876 y 1910, México fue gobernado por el general Porfirio Díaz. Durante su gobierno, una fuerte campaña de afrancesamiento tuvo lugar en el país, siendo ésta especialmente notable en la arquitectura y los principales elementos urbanos de las mayores ciudades mexicanas. Pero más allá de su importación como un acto de copia de las tendencias que estaban en boga en Europa, la adopción del estilo Beaux-Arts fue una política del régimen porfiriano, aplicada razonadamente en pos de conseguir sus propios fines, tal y como el fomento de la inversión y la inmigración extranjeras, necesarias para desarrollar el país. Más aún, y habiendo sufrido numerosas intervenciones extranjeras y la pérdida de la mitad de su territorio tras la consecución de su independencia, el estilo Beaux-Arts fue aprehendido y usado por la élite mexicana durante el Porfiriato como un significante cultural para denotar su paridad —como grupo dominante— frente a las otras élites del mundo occidental. Paridad que a su vez *ratificaba* su capacidad para llevar a cabo la modernización de la nación mayoritariamente indígena y poco industrializada que dirigían, en una época en la que el concepto de misión civilizadora validaba y alentaba la ocupación occidental de las regiones del mundo que se estimaban como no-modernas.

Ponencia

Institución organizadora

HiTePAC

Historia, Teoría y Praxis de la Arquitectura y la Ciudad
Instituto de Investigación

Facultad de Filosofía y Letras
UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Instituciones asociadas

UNIVERSITÉ PARIS 1
PANTHÉON SORBONNE

EA4120
ÉQUIPE DE RECHERCHE
CULTURELLE ET SOCIALE
DE L'ART ET DE L'ARCHITECTURE

ED
ÉCOLE NATIONALE SUPÉRIEURE D'ARCHITECTURE

paris-belleville
ÉCOLE NATIONALE SUPÉRIEURE D'ARCHITECTURE

ipraus
INSTITUT PARISIEN DE RECHERCHE ARCHITECTURE URBANISME ESCÈRE

AUS^{ser}
amr-3329 du cors

Auspician

COMISIÓN NACIONAL DE MONUMENTOS, DE LUGARES Y DE BIENES HISTÓRICOS

af
Alliance Française
La Plata

ICOMOS Argentina
CONSEJO INTERNACIONAL DE MONUMENTOS Y SITIOS

AGENCIA
AGENCIA NACIONAL DE PROMOCIÓN CIENTÍFICA Y TECNOLÓGICA

El 2010, México conmemoró 200 años del inicio de su guerra de independencia y cien del comienzo de la Revolución Mexicana. Si bien estos dos hechos han pasado a ser considerados como elementos *poieticos* de la nación mexicana, en especial la última se ha erigido como un paradigma de la historia nacional, pues marcó el desarrollo del siglo XX en el país. Así, el régimen posrevolucionario construyó una historiografía que, acorde con el gran nacionalismo imperante en México en el siglo pasado, sobredimensionó en muchas ocasiones las condiciones particulares de la historia nacional y, luego entonces, pasó por alto el estudio de los flujos y relaciones transnacionales —que son tan relevantes en el devenir cultural y social de un Estado. (Carmagnani, 2004, p.12) Estos enfoques nacionalistas han fomentado la concepción de un esquema según el cual México ha permanecido como un ente que, transitando impasiblemente por el tiempo, ha recibido (y sufrido) influencias externas de una manera pasiva, desde las conquistas militar y espiritual en el siglo XVI, y hasta el imperialismo estadounidense en el XX y XXI. Por el otro lado, en la segunda mitad del siglo XX surgieron enfoques que han sesgado bastante el modo en el que se estudia la historia de los Estados y regiones que componen el llamado "Tercer Mundo" —generalizando sobremanera sus procesos históricos. La "teoría de la dependencia", postulada por Andrew Gunder Frank en 1976, establece, como resultado de su lógica materialista y los enfoques macro-estructuralistas, que las áreas "tercermundistas" tienen, en el mejor de los casos, un papel subalterno en la historia de los últimos cinco siglos. Gunder postula así que estos territorios existen de manera pasiva al margen de la "gran" historia encabezada por las metrópolis y las naciones industrializadas. (Picon, 2013, p.2 y Carmagnani, 2004, p.14-5) Así mismo, la teoría estructuralista del Sistema-Mundo, postulada por Immanuel Wallerstein en 1998, considera el sistema jerárquico internacional de la desigualdad como uno inamovible, y condena —de una manera rígida, unidimensional y repetitiva— a las áreas y los países del mundo a la condición en que fueron ubicados, sin posibilidad jamás de cambiarlo. Y aunque estas teorías puedan parecer lógicas a primera instancia, aceptarlas implica no sólo reducir los procesos históricos de la región latinoamericana, sino, aún peor, aceptar que el desarrollo de nuestro subcontinente no es sino una historia inerte y neutral que sólo ha importado cuando ha recibido la influencia de Europa o de los Estados Unidos. De esta manera, desprenderse del análisis estructuralista, posibilita, e incluso exige, "reconocer la flexibilidad, espontaneidad e impredecibilidad de los procesos históricos, aceptando la multiplicidad de los mecanismos de interconexión material e inmaterial que genera el actuar colectivo." En lo económico, lo social, lo político, lo jurídico y lo cultural, las interconexiones han sido la

constante en la modalidad de participación de América Latina en la historia mundial, siendo no sólo los motores que han activado —y siguen activando— las formas de colaboración y negociación entre esta región y otras partes del planeta, sino que también han sido capaces de reorientar y modificar el rumbo de dicha participación. (Carmagnani, 2004, p.11-17)

En México, muchos de los edificios, monumentos y barrios que se edificaron, erigieron y trazaron entre 1876 y 1910, quedan como testigos de esas interconexiones. El Palacio de Bellas Artes y el monumento a la Independencia en la Ciudad de México, el faro Carranza de Veracruz, el reloj monumental de Pachuca, el teatro Juárez en Guanajuato, el Alcalá en Oaxaca y el Calderón de Zacatecas, incluso distritos enteros como la colonia Juárez y Santa María la Ribera en la capital, o la Americana en Guadalajara, tuvieron su origen en el Porfiriato¹ y siguen todos las líneas propuestos por la Escuela de las Bellas Artes de París. Sin embargo, estas mismas construcciones han sido genéricamente catalogadas por la posrevolución como meros vestigios del "gusto afrancesado" que imperó en México en ese momento, agregándolos así a la aparentemente interminable lista de todo lo francés que el grupo gobernante de México importó durante esta época, y lo cual fue visto por la mirada nacionalista del siglo XX como un acto de banalidad, burguesía y simple francofilia. (McMichael, 2002, p.140) De esta manera, se ha tendido a explicar tanto la arquitectura como el urbanismo porfirianos con base en modelos y tradiciones que fueron gestados y formados en Europa. Y sobre la manera, modos y objetivos de esas transferencias, la escuela de la dependencia ha privilegiado el estudio de la forma y los modelos finales, que son entonces observados como una imposición de modelos culturales extranjeros derivados de la dependencia económica. Sin embargo, recientemente la historiografía ha adoptado un enfoque cultural que busca contrastar (y contrarrestar) las lógicas materialistas y macro-estructuralistas. Nos encontramos entonces ante un cambio en el modo de ver, y el cual hace que más allá de ser una implantación cultural ligada a los intereses del capital extranjero, la incorporación de ciertos estilos sea una expresión de las necesidades de las prestas élites, en este caso las latinoamericanas, por fortalecer sus nexos con las metrópolis europeas. La recreación de algunas ideas y modelos europeos en México, y en la América Latina poscolonial en general, puede ser entonces vista como una acción de "adopción selectiva" y de "innovación sintética", y no como un neocolonialismo cultural, como ha sido

¹ Etapa en la historia de México que se define con base en la presidencia del general Porfirio Díaz, y la cual abarcó los periodos de 1876 a 1880, y de 1884 a 1910.

sugerido. (Almandoz, 2002, p.2-5) Después de todo, y en contraste con las naturales, la forma arquitectónica es enteramente intencional y sus efectos son creados a propósito, implicando no sólo la autoría, sino la existencia de un público. (Picon, 2013, p.59) Dicho de otro modo, fueron creados por alguien y para alguien en específico.

De teatros, bancos, residencias y hasta distritos enteros, el estilo "afrancesado" del Beaux-Arts en México, estuvo reservado para los edificios comandados y usados por los miembros de la élite del país. Y si bien su carácter elitista les granjeó una reputación negativa durante la posrevolución, las nuevas corrientes permiten ver que los ejemplos de esta altamente adornada arquitectura distan de ser veleidades. Siguiendo la tradición vitrubiana, los adornos arquitectónicos conceden información sobre la naturaleza del edificio y el rango de su dueño, o de la institución que alberga. En este sentido, la ornamentación se enfoca en la comunicación, o sea en proveer información. (Picon, 2013, p.82,106) Así, los mismos edificios que fueron desdeñados por su estilo extranjero y burgués, pueden convertirse en fuentes históricas que nos informan sobre un proyecto de nación y la manera en que México navegó capazmente por las turbulentas aguas de la Bella Época.

Tal y como lo puntualiza Picon en su reciente estudio sobre el ornamento arquitectónico, la palabra latina para *adorno* (*ornamentum*) comparte un origen etimológico común con el verbo *ordino*, que significa organizar u ordenar, tal y como si un adorno bien concebido expresara el orden fundamental y subyacente de las cosas. De igual manera, encontramos una inesperada relación entre lo *cosmético* y el *cosmos*, pues ambas vienen del verbo griego *kosmein*, y el cual significa lo mismo adornar que acomodar. (Picon, 2013, p.37-8) De este modo, podemos empezar a dilucidar que, entre lo aparentemente superficial y las estructuras más profundas, existe un vínculo que no siempre es aparente. Y así, un teatro para la clase alta puede estar más ligado con las relaciones internacionales de lo que previamente se había presupuesto. Se supone que la decoración dice algo sobre la condición social del patrón del edificio adornado, y aunque usualmente se piensa en un nivel individual, y sobre el lugar que esa persona ocupa en la organización jerárquica de la sociedad, no es difícil ampliar la esfera de la distinción social, a una política y estatal. En especial en un momento como lo fue la llamada Bella Época, cuando ciertos Estados estaban extendiendo su dominio sobre otros a una velocidad enorme, repartiéndose literalmente continentes enteros y estipulando qué naciones eran importantes, y cuales no.

• • •

Cuando Latinoamérica se independizó, lo hizo en un entorno internacional terriblemente hostil, pues desde su nacimiento como región autónoma, se insertó de lleno en el "juego de las grandes potencias" y tuvo que lidiar con la rivalidad —tanto comercial como expansionista— entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, con las inclinaciones españolas por recuperar sus ex-territorios, y con las ambiciones imperialistas de Francia disfrazadas de "panlatinismo". (Carmagnani, 2004, p.144) Más aún, el retorno de los reyes y los principios monárquicos tras el Congreso de Viena (1814-1815), marcó un freno al liberalismo que había surgido con la Ilustración, originando un clima sumamente hostil para las nuevas repúblicas. (Pani, 2010, p.315) Y aunque en un principio se llegó a reconocer su independencia, este reconocimiento sólo fue parcial, pues se les pensaba como gobiernos *de facto* sin ningún verdadero principio legítimo (monárquico y dinástico) que legitimara su soberanía, creándose de hecho un mito de inferioridad política latinoamericana que se prolongaría por más un siglo. Si bien las repúblicas habían adoptado un orden constitucional muy parecido al europeo, y mantenían sus puertos abiertos al comercio con todas las naciones, el reconocimiento incompleto de su soberanía por parte de Europa, hizo que durante buena parte de XIX, los países latinoamericanos "tuvieran que resignarse a vivir en un status intermedio entre orden monárquico y colonial, existiendo bajo la constante amenaza de caer bajo una nueva dominación europea", especialmente porque tanto la inestabilidad política de su región, como su desempeño financiero, menguaba aún más su de por sí ya limitado prestigio. (Carmagnani, 2004, p.138-143) Y aunque lograron afirmar su soberanía frente a los intentos de reconquista española y las invasiones francesas de Napoleón III, a partir de la Conferencia de Berlín (1884-1885) la región percibió la amenaza de un nuevo tipo de colonialismo que se estaba gestando. Nos encontramos así con un subcontinente entero que, a finales del siglo XIX, buscaba aumentar su proyección en la esfera internacional para defenderse del nuevo expansionismo que, tal y como demostraba lo ocurrido en Asia, amenazaba en convertir en protectorados a sus aún novedosos Estados. Desde 1823 había surgido igualmente una (mucho más cercana) amenaza cuando los Estados Unidos proclamaron la Doctrina Monroe e iniciaron un proceso de expansión y construcción de un imperio informal. (Carmagnani, 2004, p.212-216) La guerra hispano-americana de 1898 no hizo sino reavivar la amenaza, y ese mismo año, el sociólogo británico Benjamin Kidd publicó "The Control of the Tropics", obra en la cual abogaba por la expansión anglosajona sobre América Latina, afirmando que los trópicos nunca podrían ser desarrollados por los nativos que

los habitaban, pues estos pueblos eran el equivalente en su raza a lo que en el desarrollo humano es la infancia, y recaía así en el mundo anglo-parlante la *responsabilidad* de mantener a los trópicos como un faro de *civilización*. (Almandoz, 2002, p.19)

Esta *responsabilidad* debe pensarse como una verdadera *misión civilizadora*, y aunque "es cierto que no hubo ninguna exposición sistemática, bien definida, comprensiva y autoritaria de las creencias que, a manera de manifiesto funcionara como credo para misioneros, políticos y otros seguidores de la colonización ultramarina", ejemplos de la ubicuidad de estas ideas en Europa se pueden encontrar en discursos parlamentarios, apologías de líderes europeos, conferencias en asociaciones geográficas y coloniales, artículos de periódico, *journals* ilustrados, y diversas manifestaciones artísticas, como pinturas, monumentos, poemas e historias como las de Kipling y Paul d'Ivoi, (Adas, 1989, p.199) De esta manera, para 1900 "el clima de opinión universal estaba impregnado de racismo", y un único marco de referencia, basado en la indiscutible superioridad material de Europa, servía de referencia para definir qué era lo civilizado y lo moderno, y qué, o quienes, eran susceptibles de ser *beneficiados* con una misión civilizadora. (Osterhammel, 2014, p.1,171 y Adas, 1989, p.198) Así, y con la clara idea de cómo la civilización debía de lucir, la obsesión decimonónica por la raza no tardó en permear a la arquitectura, y entonces hubo una propensión a conectar la estética colectiva de cierto grupo con sus *disposiciones* intelectuales y religiosas. De la cerámica al urbanismo, se pensaba que los estilos estaban enraizados en la esencia de cada cultura, pues mostraban sus relaciones entre lo natural y lo artificial, entre lo individual y lo colectivo, y entre lo técnico y lo espiritual. Estas interacciones, se asumía, podían capturar la orientación política de las sociedades. Y si la cerámica o las herramientas eran usados como *medidores*, se consideraba que la arquitectura podía proporcionar lecciones aún más profundas como reflejo de valores políticos. El ornamento arquitectónico aparece entonces entendido en el XIX como el resultado de un impulso humano fundamental, y como un espejo que refleja la especificidad, el refinamiento y capacidad de la cultura que la ha producido. (Picon, 2013, p.92,116) Y las élites mexicanas, cuya posición periférica no evitaba que tuvieran una visión global competente, estaban conscientes de ello. La "prosperidad y riqueza de la Nueva España y su gran territorio, habían despertado las ambiciones de las potencias comerciales y del expansionismo estadounidense, convirtiendo a México en el país más amenazado del continente", (Pani, 2010, p.313) y frente a estas dos amenazas que nunca parecían estar más allá de un barco de distancia, el poseer elementos occidentales constituyó la mejor defensa.

El contexto internacional ofrecía una serie de ejemplos y posibilidades que las élites latinoamericanas eran perfectamente capaces no sólo de distinguir, sino de reelaborar en pos de sus propios intereses y agendas a nivel local. (Carmagnani, 2004, p.132,206) Y de esta manera, México —como el resto de las naciones de América Latina— recurrió y adaptó con facilidad los mismos instrumentos aplicados por los Estados Unidos y las potencias europeas. Así, y aunque de reciente formación, los Estados latinoamericanos no eran páginas en blanco, sino que contaban con una experiencia y un *savoir-faire* de 300 años en la cultura y tradición occidental, y la cual usaron para construir "sólidos puntos de arranque" y afrontar los desafíos enteramente inéditos que se les presentaban. Su experiencia ibérica los capacitó para neutralizar exitosamente los proyectos imperialistas que los amenazaban, y a diferencia de otras áreas extra-europeas, la soberanía de los Estados latinoamericanos fue reconocida. (Carmagnani, 2004, p.144-145) Este momento de gran expansión imperialista, coincidió en México con la llegada del general Porfirio Díaz a la presidencia en 1876. Y aunque las tres décadas que su gobierno duró han sido vistas por la historiografía posrevolucionaria del siglo XX como el ejemplo máximo de la dictadura y la opresión, y a Díaz como un tirano vende-patrias, los enfoques culturales nos permiten también ver en este mismo período una gran campaña nacionalista que sentó las bases para definir a México como un Estado-nación moderno. (Garner, 2015, p.15,26) Y desde montar pabellones grandiosos en las Ferias Universales y hasta adornar sus ciudades capitales con boulevares y monumentos que no envidiaban nada a los parisinos, los Estados latinoamericanos sabían qué hacer para corregir la imagen caricaturesca que se tenía de sus repúblicas y seguirse ganando su lugar, promoviendo en Europa y los Estados Unidos la imagen de naciones modernas con un gran dinamismo económico, demográfico y cultural, que les permitiera reivindicar un papel más relevante no sólo en el escenario americano, sino en el mundial también. (Carmagnani, 2004, p.212) Y en este proceso de hacer-reafirmar-lugar los adornos arquitectónicos eran vitales, y por lo tanto debe de pensarse el diseño urbano y arquitectónico como un proceso, en esencia, político. (Picon, 2013, p.50)

La imagen de *la modernidad y la civilización*, siendo conceptos enteramente eurocéntricos, seguían un modelo estipulado por Europa, y todo lo que no se apegara a esa línea, no podía de ningún modo ser incluido en el modelo. *La civilización* se dirigía contra toda forma de relativismo cultural y se creó así una dicotomía: se era *bárbaro* o se era *civilizado*. Cientos y muy específicos atributos se relacionaron con cada cara de la moneda sin que hubiera un punto

medio. (Osterhammel, 2014, p.1,172) Sin embargo, su retórica era al mismo totalmente inclusiva, pues cualquiera que adoptara su lenguaje, modos y costumbres podía, luego entonces, ser *civilizado*. (Macías-González, 2012, p.698) La civilización aparecía como un elemento políticamente poliformo, uno con validez prácticamente universal y que aplicaba en cualquier latitud. (Osterhammel, 2014, p.1,160) De esta manera, las naciones *periféricas* estaban seguras de que el implementar las medidas exactas de modernidad en sus territorios, les permitiría, si generar una imagen "universalmente moderna", pero también competir efectivamente por el poder y desafiar el *derecho a la supremacía* que los europeos y estadounidenses ufanamente proclamaban, pues la superioridad tecnológica y el imperialismo eran interdependientes, y ambos tenían una forma clara de lucir. (Lee, 2004, p.93) El gobierno de Díaz hizo así un gran esfuerzo por producir una imagen de un México moderno. Libros, folletos, estadísticas y edificios hacían eco de "el progreso, la ciencia, el estilo cosmopolita y la singularidad" que afloraban por dondequiera en el país, constituyendo su "presentación en sociedad en el magno mundo". (Tenorio, 1998, p.79) Y aunque han sido desdeñadas como *espejismos de modernidad*, todas estas políticas modernizadoras emprendidas por el gobierno mexicano durante el Porfiriato, eran también medios para lograr metas menos simbólicas y más prácticas: salvaguardar la integridad y el derecho de autodeterminación de la nación, participando además en los grandes negocios del fin de siglo, pues la preeminencia que los países latinoamericanos podían tener, era directamente proporcional al grado de su conexión con la economía mundial. (Almandoz, 2002, p.13) Y entre los elementos de civilización, el más importante —y el que enorgullecía más a la élite porfiriana— era la obra pública, pues era posiblemente el signo más claro de progreso, nacionalismo y cultura. (Tenorio, 1998, p. 87)

Siendo París el ejemplo permanente de la retórica Beaux-Arts que formó el *ethos* de la Bella Época en América Latina, el ejemplo Haussmanniano —que personificaba el orden capitalista-industrial *par excellence*— fue el más influyente en la región. El modelo urbanístico del Barón fue así adoptado por las élites locales para demostrar la transformación de sus ciudades coloniales a urbes burguesas, pues proveía la mejor plataforma para mostrar el eclecticismo arquitectónico que estaban tan ansiosas por adoptar. De esta manera, las obras *haussmannianescas* fueron imitadas para mostrar su rechazo al vocabulario colonial y —en pos de su simbolismo civilizado y progresista— mostrar su parecido con las metrópolis europeas. (Almandoz, 2002, p.24-31) De Buenos Aires a Shanghai, con escala en la Ciudad de México, el optimismo de la Bella Época prometía que todas las ciudades podían ser París. Lo único que

se necesitaba era tener los elementos correctos. Se abrieron nuevas avenidas, plazas y jardines, pero también se mandaron pavimentar calles, se pasó del transporte de tracción animal y del alumbrado de gas al transporte y alumbrado eléctricos, se abandonaron las formas hispanas y las nuevas construcciones empezaron a seguir las eclécticas líneas dictadas por la academia de las Bellas Artes de París. Las colonias aledañas a la avenida Lafayette en Guadalajara, al Paseo Montejo en Mérida, y al de la Reforma en la Ciudad de México son ejemplo de ello. (Kuntz, 2010, p.522)

Para el fin del siglo, el poder y la riqueza ya no eran representados por un poderoso rey o una corte esplendorosa como en tiempos de Luis XIV o de Pedro el Grande, sino por el férreo horizonte industrial y urbano: fábricas, ferrovías, estaciones de trenes y distritos burgueses. En México, el Viejo Continente era imaginado, no con base en sus realidades, sino a través de un idealismo asociado a sus instituciones y su industria. Y a diferencia de la visión romántica que había imperado a mediados del siglo, los paisajes rústicos ya no empataban con el ideal de belleza hacia la Bella Época: faltaba la mano del hombre (ilustrado y emprendedor) que imprimiera progreso, y la belleza inherente a éste. El progreso se oía, se podía ver y tocar. (Rueda, 1998, p.135, 161) Los elementos industriales —y que abarcaban desde la bicicleta y hasta las estructuras de hierro de los grandes almacenes— se convirtieron así en *significantes culturales* de la civilización y la ideología de la modernidad del *fin de siècle*. Y aunque la imagen del mundo moderno siempre estuvo compuesta de diferentes versiones, incluso contradictorias entre ellas, se logró articular una única imagen que formó una abstracción de lo que era *la modernidad*, una abstracción que sólo había sido posible por el auge de las sociedades industriales, y que a su vez habían creado lo que se pensaba era un "lenguaje universal del progreso". Después de todo, la modernidad era una cuestión de forma y, principalmente, de estilo. El objetivo era "alcanzar la forma que se creía era "la más cercana al estilo moderno", y una nación moderna difícilmente podía serlo sin la retórica apropiada. (Tenorio, 1998, p.15,23,55) De este modo, y en el caso de México, la imagen se volvió la representación material y simbólica de sus logros, o más bien, los del régimen de Díaz. La ciudad y la manera en la que se vivía en ella, los edificios, las prácticas sociales, la educación, la moral y la sanidad, todo tenía una forma moderna de lucir, y por lo tanto, de ser. (Nisbet, 1998, p. 398-9)

La imagen era el elemento que —en esta época obsesionada con las apariencias— determinaba la inclusión (o no) al puñado de naciones que gobernaban el mundo. Su déficit era lo que

después de todo abría las puertas a la ocupación occidental que mencionamos más arriba, y Estados como Japón lo sabían muy bien. México también lo había vivido en carne propia y tenía complicados recuerdos de la herencia colonial española, del Segundo Imperio, de la dolorosa pérdida de la mitad de su territorio tras la guerra mexicano-americana de 1848 y de las intervenciones francesas que había sufrido a lo largo del siglo; pero el crecimiento económico traído por la *Pax Porfiriana* permitió al gobierno tener capital disponible para invertir en el cambio de imagen según estos cánones. Sin embargo, en un país de casi 2 millones de kilómetros cuadrados, y en el cual aproximadamente el 63% de la población pertenecía al mundo rural, (González, 1970, p.383-384) la ciudad era el único territorio cuya imagen la élite podía efectivamente regular, por lo que las urbes se volvieron la trinchera en la cual desplegar toda la parafernalia de la modernidad. El objetivo era hacer evidente, visible y palpable —tanto a nacionales como a extranjeros— lo moderno y eficiente de su gobierno y el poder que detentaba. Dicho de otro modo, la imagen urbana de la modernidad universal se usó para mostrar el progreso existente en medio de una sociedad mayoritariamente no-moderna. (Agostoni, 2003 p.xii-xvi)

Empezó así una campaña de embellecimiento de (algunas áreas de) la capital mexicana. Pero más allá de la estética, toda la pompa moderna y las alegorías de la Nación tenían dos objetivos: el primero era mostrar a la población mexicana lo progresista que era su ciudad capital; y el segundo era proyectar esta imagen de prosperidad a los forasteros como una manera de atraer y asegurar las inversiones extranjeras que tanto necesitaba el país. (Agostoni, 2003, p.xiv,84 y Tenorio, 1998, p.64-5) Y aunque las necesitaba imperiosamente, las inversiones representaban también una pieza clave de la política de protección de la soberanía nacional. El secretario de hacienda, José Y. Limantour, llegó a decir explícitamente que "la seguridad de la República provendrá especialmente de una rivalidad de intereses entre los grandes Estados, pues éstos vigilarán las empresas que sus nacionales establezcan ahí." (Garner, 2010, p.292-3) La segunda revolución industrial había originado una gran demanda de materias primera en Europa y los Estados Unidos, y las economías latinoamericanas estaban listas para satisfacerla con sus exportaciones, usando así mismo los intereses comerciales que Europa tenía en América Latina como un arma de negociación para salvaguardar su soberanía. (Carmagnani, 2004, p.141,228) De esta manera, y para crear una capital moderna que ofreciera una base de operaciones confortable, saludable, e incluso familiar, a los capitalistas extranjeros que invirtieran en la

industrialización de México, la adopción selectiva de estilos afrancesados por parte de la élite mexicana era una de las primeras opciones. (McMichael, 2002, p.139)

La importancia que la administración porfirista había proporcionado a la imagen de la nación resultó ser una corazonada acertada, y efectivamente, la modificación positiva de la imagen tradicional de México —tradicionalmente notable por sus malos gobiernos y altos riesgos— en los mercados extranjeros de capital, resultó en un gran flujo de capital y tecnología extranjeros hacia la industria y la agricultura mexicana. (Coatsworth, 1984, p.98) Díaz llegó incluso a obtener el sobrenombre del *Patrón de México, the master and hero of modern Mexico, y the foremost man of the American hemisphere*,² generando una reputación en Europa y los Estados Unidos que regresó al país en forma de libras, francos, pesetas, marcos y dólares. (Buffington, 2010, p.381-382) Para 1910, el PIB había tenido un crecimiento exponencial de 271.89% desde 1877, la inversión extranjera se había incrementado 30 veces, el gobierno contaba con reservas de 60 millones de pesos y capacidad de préstamo, el peso mexicano se había alineado con el patrón oro, la economía crecía a 2.7% anual, las exportaciones a 6.1%, la población a 1.4%; y las impresiones de los visitantes de la capital mexicana durante esta época, como una urbe moderna y de vanguardia, sobaban. (Buffington, 2010, p.392. Coatsworth, 1984, p.13,97-98. Knight, 2010, p.53) El régimen político porfiriano, que dividía claramente lo público de lo privado, daba certeza a los inversionistas, y su orden correspondía con el que prevalecía en el mundo occidental capitalista liberal. (Escalante, 1992, p.290) México empezó a ser reconocido como un territorio civilizado y, su cara urbana correspondió a ese cambio, y viceversa. De este modo, y dado que la riqueza, la comunicación social y las prescripciones legales, son todas componentes fundamentales de la política, podemos ver cómo el adornar, ya fuera con paseos o con plazas rematadas con edificios gubernamentales, estaba imbuido con un fuerte significado político. (Picon, 2013. p.106)

Se ha dicho que a través de sus ornamentos, los edificios adquieren una personalidad, una apariencia que les permite entablar una conversación con los seres humanos. (Picon, 2013, p.60-2) Así, las formas del Beaux-Arts en México ofrecían una cara que el estado porfirista esperaba que los capitalistas de occidente podían reconocer como una familiar, civilizada, sofisticada y confiable. Después de todo, y sin importar la latitud, el mejor mundo para los occidentales era

² Todos estos apelativos fueron usados en 1908 por James Creelman para referirse a Díaz en el artículo en el cual publicaba la entrevista que había hecho al presidente .

aquel en el que se podía invertir y negociar (Rueda, 1998, p.131) No es casualidad así que este estilo se empleara en los nuevos edificios de correos, ferrocarriles, telégrafos, bancos y mercados que se erigían en las ciudades, y que eran modernos y cosmopolitas tanto en sus estilos y referencias estéticas, como en sus técnicas de construcción, que ahora incluían el uso del concreto reforzado, estructuras de acero y hierro. (McMichael, 2002, p.164) La arquitectura Beaux-Arts era la paz misma materializada: era el comercio, el estado estable y la burguesía, los negocios y la certidumbre. Era el pertenecer al club de Occidente como pares, y no como subordinados, como hombres que podían desarrollar sus propios territorios con sus propias capacidades sin la necesidad de ninguna *tutela*. De esta manera, se puede empezar a estudiar la arquitectura y el urbanismo Beaux-Arts en México analizando su componente ornamental, no como un mero deleite superficial elitista, sino como dice Picon, como un medio para estimular las facultades reflexivas del espectador. (Picon, 2013, p.54) ¿Pero qué espectador? ¿Para quién estaba hecha la ciudad porfiriana, para inversionistas extranjeros, periodistas, embajadores, o la población entera de la Ciudad de México? Para todos ellos probablemente Y aunque dejaré estas preguntas planteadas, en este momento lo que nos ocupa es dilucidar más bien al autor de esa ciudad. ¿Quién era el artífice de la ciudad porfiriana? Un gobierno fuerte, estable y educado, capaz no sólo de pacificar al país, sino de desarrollarlo. Y si el resultado podía ser la imagen *estándar* de ciudad moderna en su época, eso no significa que el modo y objetivo de la importación de estilos no fuera algo más profundo. Se deseaba que la modernización de la capital creara una urbe que fuera, sí internacional, pero también un emblema de la nación y su hibridad cultural. Si el Paseo de la Reforma simbolizaba la moderna urbanidad europea, las esculturas que albergaba proclamaban una narrativa de identidad nacional. La composición de las gloriets también se suma al discurso, pues simboliza, siguiendo una estructura lógica y progresista, las etapas históricas del desarrollo triunfante del México moderno. El descubrimiento de Colón, la noble resistencia india de Cuauhtémoc, el dominio español de Carlos IV, y la victoria alada de la independencia. (McReese, 2002, p.139-146) El uso de sujetos indígenas y elementos precolombinos se estimaba como una reacción a la intervención y dominación extranjera. (Agostoni, 2003, p.90) Así, usar el pasado prehispánico buscaba legitimar y consolidar el régimen porfiriano, tanto en la arena nacional como en la internacional, presentando la imagen unificada de una nación con un único origen y aptitudes para unirse a *la civilización*. Esto último era crucial, pues en una época en la que el nacionalismo estaba en auge, tener una historia nacional lineal que marchaba hacia el progreso era un prerrequisito para

ocupar un lugar en la historia universal. (Tenorio, 1998, p.140 y Nisbet, 1998, p.355) Y si la forma del Paseo de la Reforma podía dar una impresión francesa a los extranjeros que visitaban la ciudad, revelando las aspiraciones de México por un estatus global, el esquema iconográfico de su paseo escultórico, referente a la identidad del país, le proporcionaba inmediatamente un valor local y —siguiendo el concepto de la *architecture parlante*— una dimensión incluso pedagógica. (McReese, 2002, p.146 y Picon, 2013, p.53)

Otra dimensión que apenas empieza a explorarse es la económica. Hasta el advenimiento del modernismo, los acercamientos cuantitativos para con la cuestión del ornamento arquitectónico eran la regla. Adornar cuesta, y dado la enorme cantidad de recursos y trabajo involucrados en su producción, la ornamentación está relacionada con la cuestión del estatus y las jerarquías. Los adornos son signos visibles de riqueza y distinción que pueden transformar el dinero en signos, y el capital en distinción social. Así, las obras públicas porfirianas son susceptibles de ser vistas como inversiones, pues la ornamentación de la ciudad puede estudiarse como un proceso de acumulación que se va acrecentando con el tiempo. (Picon, 2013, p.103-105) ¿Y qué son los grandes teatros y los bulevares sino adornos para la ciudad? Inversiones que denotan una nación rica, adornos que son tanto simbólicos como jerárquicos, y que indican la importancia de las instituciones y la gente relacionada con su construcción. Así, y si bien participaban activamente en los negocios internacionales, los personajes que componían la élite porfiriana en absoluto eran acaparadores disfrazados de positivistas. A través del humo de las locomotoras, y detrás de las fachadas afrancesada, Díaz y los Científicos vislumbraron un brillante futuro para el país. Y aunque financiado por extranjeros, ellos realmente tenían —y compartían— una visión a largo plazo de crear una sociedad mexicana *civilizada, dinámica y progresista* a través de reformas tanto morales como materiales. (Davis, 1991, p.93-99) Obras de infraestructura, ingeniería y arquitectura —y aunque su exterior fuera totalmente europeísta— simbolizaban la capacidad técnica, científica y administrativa de una generación de mexicanos que, por primera vez en la historia, eran capaces de controlar la naturaleza y conducir al país a un estado de bienestar y paz. (Agostoni, 2003, p.xiv) Más que una copia del París del Segundo Imperio o del Londres victoriano, y gracias al entusiasmo, fantasía, ilusión y obsesión de las élites locales con el *espíritu metropolitano*, podemos ver en México y en otras capitales latinoamericanas, un genuino acto de (re)creación. (Almendoz, 2002, p.4)

La noción de dependencia económica no debe de confundirse entonces con el absoluto retraso o la falta total de desarrollo y progreso, los cuales sí tuvieron lugar en la América Latina decimonónica. (Almandoz, 2002, p.23) Más allá de involucrar una situación de dominación, la dependencia fue una correspondencia entre los intereses de la élite local y los grupos extranjeros, y lo cual no implica necesariamente una actitud pasiva de la parte dependiente, sino más bien su consciente y deliberada aceptación y recreación de las manifestaciones producidas en el bloque dominante, asumiendo así una pertinencia y capacidad de acción mucho mayor que la que se suele asumir desde la perspectiva europea, con una creatividad que es especialmente significativa en términos culturales. (Macías-González, 2012, p.691-693) Pero no se trataba solamente de encajar. Si las élites mexicanas (y latinoamericanas) usaban el vocabulario occidental del fin de siglo en pos de sus propios intereses, era porque reconocían que éste les presentaba lineamientos tanto estructurales como ideológicos útiles para sus propios proyectos, considerándolos uniformes tanto para ellos como para los europeos. (Macías-González, 2012, p.703) De este modo, resulta necesario pasar de la historia nacional a la "historia en común", aquella que reconoce que múltiples países en distintas áreas del mundo responden —en una era específica— a desafíos similares, y los cuales pueden ser económicos, sociales, políticos, culturales, tecnológicos o ecológicos. Y durante la Bella Época, México, junto con el resto del mundo meta-europeo, estaba respondiendo a las amenazas de expansión imperialista de Occidente. (Carmagnani, 2004, p.13)

• • •

Si bien actualmente tendemos a vivir en un presente sobre-extendido y continuo, inconscientes del pasado e indiferentes al futuro, (Picon, 2013, p.54) los ejemplos del *Beaux-Arts* en México nos hablan de una época en la que el Estado tenía una visión muy clara para el largo plazo. Sabían de dónde venían y a donde querían ir. No dudaban en adornar sus avenidas y monumentos con referencias aztecas para así, enraizados en su pasado, posicionarse en el mundo burgués occidental a la par de París, Londres y Chicago. Como prueba de esto, es interesante notar que las instituciones, edificios y distritos creados durante esta época, mantuvieron su preponderancia hasta mediados del siglo XX. (Almandoz, 2002, p.272) De esta manera, los esquemas que Wallerstein y Gunder Frahl consideraron tan fijos, resultan no serlo tanto, pues esos territorios *dependientes* no sólo se apropian de los factores externos, sino que

los modifican según sus intereses propios. Avenidas y ejemplos de arquitectura afrancesada sobreviven así hoy en día, esperando ya no sólo ser vistos como dignos edificios que recuerdan a Europa, sino ser estudiados, como dice Paul Garner, como la expresión de una visión de nación: una moderna, progresista, científica y cosmopolita pero, también mestiza y nacionalista. Como restos de una política que buscó reafirmar la soberanía de una joven nación y posicionarla de lleno en el *concierto de las naciones civilizadas*. Después de todo, y para ser respetada y ser operativa en los momentos que no requieren del uso de la fuerza bruta, la autoridad debe de estar adornada. (Picon, 2013, p.121) Y si algo caracterizó a la política y al ejercicio del poder durante la Bella Época, fue su fuerte carácter ornamental. Al final, y como dice Picon (2013), la ornamentación es frecuentemente política y la política necesita decoración. (p.126)

BIBLIOGRAFÍA

- Adas, Michael. (1989). *Machines as the Measure of Men. Science, Technology and Ideologies of Western Dominance*. Ithaca: Cornell University Press.
- Agostoni, Claudia. (2003). *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*. Calgary: University of Calgary Press, University Press of Colorado, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México.
- Almandoz, Arturo. (2002). *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950*. Suffolk: Routledge.
- Buffington, Robert M. y William E. French. (2010) "The Culture of Modernity". En William H. Beezley y Michael C. Meyer (ed.) *The Oxford History of Mexico*. Nueva York: Oxford University Press.
- Carmagnani, Marcello. (2004). *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. Ciudad de México: El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas y Fondo de Cultura Económica.
- Coatsworth, John H. (1984) *El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*. Ciudad de México: Ediciones Era.
- Creelman, James. (2008). *Entrevista Díaz-Creelman*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Davis, Clarence B., Kenneth E. Wilburn y Ronald E. Robinson. (1991) *Railway Imperialism*. Westport, Connecticut: Greenwood Press.
- Escalante, Fernando. (1992). *Ciudadanos imaginarios. Memorial de afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana: tratado de moral pública*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Garner, Paul. (2010). "El Porfiriato como Estado-nación moderno: ¿paradigma o espejismo?" en Erika Pani (coord.) *Nación, constitución y reforma*. (pp.276-303) Ciudad de México: Centro de Investigaciones Económicas, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Comisión Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica.
- Garner, Paul (2015). *Porfirio Díaz: entre el mito y la historia*. Ciudad de México: Editorial Crítica.
- González Navarro, Moisés. (1970). "La vida social" en Daniel Cosío Villegas (coord.) *Historia moderna de México*. Ciudad de México: Editorial Hermes.
- Knight, Alan. (2010) *La Revolución Mexicana: del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Kuntz, Sandra y Elisa Speckman Guerra. (2010) "El Porfiriato" en Erik Velásquez García (et al.) *Nueva Historia General de México*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Lee, Robert. (2004) "Railways, Space and Imperialism" en *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchiv: Eisenbahn/Kultur*. ed. Günter Dinhl. (pp.91-106) Viena: Sonderband 7.
- Lomnitz, Claudio. (1999). *Modernidad indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*. Ciudad de México: Editorial Planeta.
- Macías-González, Víctor. (2012) "Learning the Rules of the Game. Informal Empire and the Mexican experience at Stonyhurst College, 1805-1920" en Martin Hewitt (ed.) *The Victorian World*. (pp.691-707.) Nueva York: Routledge.
- Matthews, Michael. (2010) "De Viaje: Elite Views of Modernity and the Porfirian Railway Boom" en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, Vol. 26, Issue 2 (pp.251-289).
- McMichael Reese, Carol. (2002). "The Urban Development of Mexico City, 1850-1930" en Arturo Almandoz (ed.) *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950*. Suffolk: Routledge. (pp.139-169). Suffolk: Routledge.
- Nisbet, Robert. (1998). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Editorial Gedisa.

- Osterhammel, Jürgen. (2014). *The Transformation of the World: a Global History of the Nineteenth Century*. Princeton: Princeton University Press.
- Pani, Erika. (2010). *Nación, constitución y reforma. 1821-1908*. Ciudad de México: Centro de Investigaciones Económicas, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México; Comisión Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica.
- Picon, Antoine. (2013). *Ornament. The Politics of Architecture and Subjectivity*. Trento: John Wiley & Sons Ltd.
- Rueda, Salvador. (1998). *El paraíso de la caña: historia de una construcción imaginaria*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Tenorio Trillo, Mauricio. (1998). *Artifugio de la nación moderna, México en las exposiciones universales. 1880-1930*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.